

Aguas aéreas

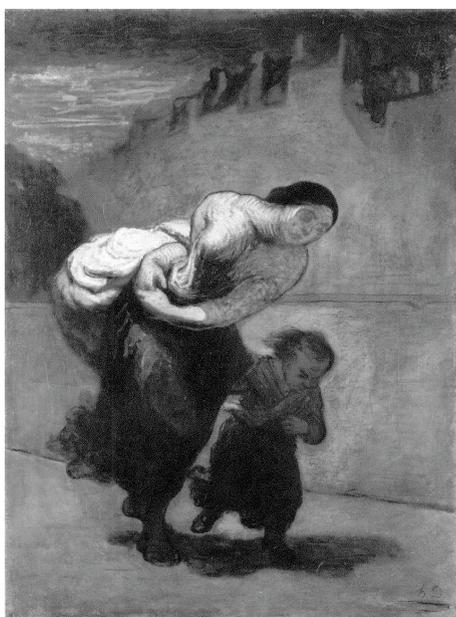
El ovillo y la brisa

David Huerta

Para poder avanzar, debía imaginarse un objeto aovillado, vuelto hacia adentro de sí mismo, y al mismo tiempo volcado hacia afuera como si se derramara, sin perder su maciza concentración centrípeta: un objeto conjetural, imposible, con el dinamismo de un tigre y la poderosa fragilidad de una saltadora rusa de garrocha. Rota la antinomia dentro-fuera, el objeto podía ingresar en el discurso, primero, y luego en la realidad; el acceso sería la puerta giratoria, hecha de bronce y de cristales, de su pensamiento, de sus tesis “avanzadas”. Él sostenía ideas extrañas acerca de ese objeto: “así es un poema”, y agregaba: “cuando el poema funciona bien”, pero nadie le hacía caso. Era inútil: podía citar autoridades académicas o leyendas inmarcesibles de la historia del arte para apuntalar sus opiniones “revolucionarias”, pero seguirían ignorándolo minuciosamente.

Cómo un poema puede “ingresar en la realidad” era algo difícil de explicar, pues le replicaban: “un poema pertenece forzadamente al orden del discurso. Un poema no es una escultura; su materialidad es inasible, como la de la música. Esa materialidad es sensibilidad pura”. Los más impacientes le decían: “un buen poema ya ingresó en la realidad”, pero entonces se daba cuenta de la incomprensión circundante.

La incomprensión se parecía a su objeto-poema. Estaba vuelta hacia adentro pero sus irradiaciones lo alcanzaban fatalmente. Para aliviar, mitigar o sanar los efectos deletéreos de la incomprensión, se encerraba en su cuarto durante largos minutos para redactar desencuadradas “prosas intempestivas” en las cuales insultaba, redarguía, trataba de persuadir (*persuadirse*), contra-argumentaba y, en general, tiraba lanzazos contra formidables moli-



Honoré Daumier, *Carga*, 1865

nos de viento parecidos a un puñado de profesores de posgrado, conocidos de él y aborrecidos con fruición pantagruélica en altas noches insomnes.

* * *

Todo lo había olvidado y todo regresó en un instante. La memoria creaba circunvoluciones y tornasoles en torno de su cuerpo declinante. Estaba sentado y miraba *el suelo*: un alma corva, una figura reclinada, una silueta melancólica.

“Miraba *el sueño*”: una falla mecánica había desencadenado esa imagen. Pero no sería: el sueño estaba en lo alto y para verlo debía colocar su cabeza, por fuerza, en una dirección nor/noroeste, como si su cuello fuese un tubo de telescopio.

Las razones del sueño situado en lo alto no son fáciles de entender, pero intervienen en su formulación una visión ásperamente romántica de los fenómenos y las leyes de un cerebro arduamente poético. Y él debía concentrarse en la tierra con una voluntad de guiñapo ctónico: ecto-

plasma, leve fantasma, títere de la inercia. No podía distraerse con el sueño, con las estribaciones de un fantaseo por los Himalayas del desvarío a mediodía. Debía tener las suelas de los zapatos firmemente colocadas sobre el pavimento de la calle, extraña reconfiguración de la frase indicativa de un cierto realismo pragmático: “tener los pies en el suelo”. Así era su pobreza de espíritu.

La parte más rica de esa pobreza era la memoria. Hacía poco le explicaba a una amiga cómo memorizó unos versos: los había escuchado por vez primera dichos por Juan José Arreola y nunca los había olvidado. Ella le respondió contándole cuántas veces leía un poema hasta memorizarlo, pero eso estaba al alcance de cualquiera; no tenía relación alguna con la historia de él y esos versos y Arreola.

Memorizaba con una facilidad asombrosa pero luego, aturdido por diversos estímulos mundanales, olvidaba hasta su propio nombre. Las irisaciones de la memoria se volvían entonces penumbras erizadas: eran estas el olvido proliferante, una gentil tarántula, criatura aterradorante y magnífica. Recordaba la sangrienta aniquilación de una tarántula. “Temible únicamente por su apariencia”, decía; en realidad, un animal por completo inofensivo.

Recordaba demasiado *para la santidad de su alma*, pero le producía un estupor lleno de trémula admiración tratar de imaginarse la cabeza de un director de orquesta sinfónica. “Eso sí es buena memoria”, y luego añadía: “es como tener presentes en la cabeza del testigo, vista una sola vez la criatura, los pelos todos de la tarántula”.

Tarántulas aparte, bailaba la tarantela de los recuerdos como otros danzan al son interpretado por jaraneros lúgubres en la

noche imaginada de Tlacotalpan. Decía “imaginada” pues nunca había asistido a esos festejos animadísimos, llenos de ornato y alborozo, inundados por una serie de músicas de cuerda y tararira, sones dueños de un “encanto inescrutable”, según la noticia proporcionada por el maestro Nicanor, su amigo del País de los Lagos, individuo empeñado en averiguar si el Preste Juan —o por lo menos alguno de sus emisarios— conoció América. La música y la memoria...: temas como este lo desvelaban. No recordaba desde cuándo.

Aquella mañana de noviembre iba él por la mitad de la calle llevando en las manos dos enormes bolsas negras de plástico llenas de basura. Su calzado no podía ser peor para esa diligencia basurera, o para cualesquiera otras: sandalias desvencijadas y un número más grande del suyo, razón por la cual parecía bambolearse levemente al dar pasos largos; estaba constreñido a dar pasitos cortos, como una viuda china. Enfundado en una bata enorme de color verde y portando unos temibles lentes oscuros —redondos, breves, con una vulgar montura de plástico, imitación de un Carey de *dandy* de cinturita—, se sentía portador de un microclima moral más allá de imaginaciones novelescas en torno de la “construcción de un personaje”.

¿Un personaje así, en medio de la calle, con ese cargamento oprobioso, vestido en tal manera y con la mirada cegada por esos dos discos ahumados, envuelto en la tela abullonada y mendaz de la bata infame, podría tener, acaso, verosimilitud alguna, posibilidades de tragedia, hondura psicológica alguna, viabilidad irónica, siquiera?

No era ridículo ni patético; apenas un esbozo de antihéroe, malogrado por la pretenciosa y falsa facha de riquillo, desmentida con plenitud por la baja calidad de todos y cada uno de los materiales de vestidura y calzado. Ninguna novela para él, ningún cuento. Ninguna etopeya. Ningún esbozo, hecho como con punta de plata, evocador de Daumier o de Grosz, de Posada o de los grotescos de Orozco, las figuras acezantes de Goya. Avanzaba

por la mitad de la callecita, a esas horas apenas transitada; no tan desierta, empero: suscitó dos o tres claxonazos, y con cada uno se hizo a un lado con brusquedad. En la cara se le dibujaba un gesto desdeñoso; en la mente se le despertaba una rencorosa invectiva contra los automovilistas.

Aquello no podía durar. El final debió ser cataclísmico pero fue apenas tristón.

Vio a lo lejos el camión de la basura, espantoso navío lleno de servidores municipales de una jovialidad inexplicable. Lejos, lejos: “También el alma tiene lejanías”, recordó. Luego olvidó el versito obsesionante y con decisión avanzó sobre el asfalto impuro. Creyó ver un movimiento inesperado, micrométrico, del camión de la basura: ¿arrancaba, se iba, se despedía, lo abandonaría esa mañana como si esa mañana fuera un “para-siempre”? Ladeó la cabeza en un intento de ver mejor: no era posible ver nada bien con esos lentes sombríos, cegadores.

Sintió una brisa a sus espaldas. El borde de la bata se levantó sin gracia un par de centímetros: la levísima ráfaga se llevó con ella cualquier huella de poema. Aceleró el paso y en cuatro segundos ya las piernas lo llevaban a un trote discreto, casi cómico, ineficaz.

No era posible discernir si el camión de la basura estaba inmóvil, se movía, daba vuelta sobre sí mismo, se sumergía en la cinta bituminosa, se elevaba como en un vuelo místico. Él ya estaba corriendo, muy despacio. En ese preciso momento lo olvidó todo pues el mundo dio una voltereta. Vio cómo las bolsas negras lo rodeaban y luego se movían rápidamente hacia sus hombros y vio, además, otro ámbito: un plano gris, abrupto, granuloso; vio cómo la calle lo rodeaba. Y no era eso, claro: él rodaba. Se había caído en pleno trotecillo. Su cuerpo débil, enfermizo y despiadado, severamente sujeto al imperio de diversos medicamentos, diagnosticado con fervor y exactitud milimétrica por un *galeno* (así lo había llamado) aquejado por esa misma enfermedad, se había derrumbado sin estrépito, escorado con lasitud y despojado de toda arboladura, de toda verticalidad y de todo resto de orgullo y, diría uno, de dignidad. Dignidad, sí, por supuesto, en la caída de su cuerpo herido

por la enfermedad... si no hubiera llevado esa ropa vergonzosa, esos lentes, y en las manos las dos bolsas negras de plástico llenas de basura.

Algunas noches, las cosas tenían cara de pocos amigos. Las cosas en general; las cosas directas, multitudinarias, repletas de aristas, con espantosas protuberancias en su salida, llenas de flancos y honduras en su entrada, y agobiadas de tridimensionalidad, empapadas de prosaísmo, apasionantes solo hasta cierto punto, insistentes en su cosidad y en la brutalidad de su inmanencia.

El estar-ahí de las cosas lo avasallaba con hirsutas emanaciones filosofantes que únicamente conseguían aburrirlo. El aburrimiento lo había asimilado de un solo bocado. Estaba dentro del aburrimiento como en un acuario; era él, ahí, apenas un pececillo, un peñasco submarino de plástico industrial, un granito de arena artificial.

Dijo: “todo esto me aburre hasta la pared de enfrente”. No pudo imaginarse la conducta de sombra apabullante y de demonio electromagnético de la pared de enfrente. No pudo imaginarse la proliferación de susto y batacazo desprendida, como un enjambre de *drones* o chilpanes, de ese aburrimiento del cual comenzaba a sentirse estúpidamente orgulloso.

Se asomó al cubo de la escalera. Bajó unos escalones y trató de ver por el ventanuco, entre el aire neblinoso, hacia afuera, hacia allá, hacia el mundo. Su mirada encontró la pared de enfrente y el corazón le dio un brinco. La pared parecía una admonición de piedra, un monumento vertical a todas sus semejantes caídas en las demoliciones, una dimensión egipcia de su barrio nunca sospechada. Miró con detenimiento. La pared estaba allí, no podía no estar allí; era su condición, como la de tantas cosas adversas. La pared, además de estar allí, lo interpelaba; sintió cómo se le movían las entrañas y cómo le subía a la boca un indeleble sabor de vómito.

Se agarró del pasamanos sin despegar la mirada de la pared de enfrente. No estaría aburrido nunca más, se dijo empavorecido. **U**